

Sangre de caña

Escribe: **SEGUNDO BENJAMIN CORREDOR**

El viento se convertía en murmullo contra las hojas de los cañaverales y contra los techos semipelados del rancho. También menguaba el calor que maduraba los plantíos de caña y que hacía más efusiva la sangre de los moradores.

Entre aquel murmullo de hojas y viento nocturno hablaban dos voces. Casi se confundían con el ruido de la noche. Se oían pasito aunque con acento de empeño:

—No se vaya, Ofelia.

—Ya es tarde.

—¡Qué importa!

—En casa me echan de menos.

—Quédese esta noche aquí en el rancho.

—¡Agustín!... —exclamó ella y se paró de donde los dos se hallaban sentados, pero él la jaló del brazo. Volvió a sentarse a su lado, en un banco de madera rústica. Estaban en la cocina... o en lo que habría de ser la cocina cuando quedara terminado el rancho.

La mano fuerte de Agustín no se desprendía del brazo de ella. Aquella mano sabía del hacha, del machete, de los trabajos pesados y de mujeres vírgenes y ariscas.

¡Quédese! —insistió Agustín—. Después nos casamos...

—El rancho no sirve ni para que se quede usted solo...

—Sí, está sin terminar. Sin embargo, yo lo habito así; ya sirve; hay una pequeña parte cubierta. ¿Cuando lo termine vendrá?

—Después de haber ido adonde el cura...

La soltó del brazo y partió en dos la colilla de cigarrillo que fumaba a grandes bocanadas. Tiró al patio los pedazos. Allí había montones de madera y paja para terminar el rancho.

—¡Demonio de hombre! Le va a meter candela —exclamó ella dando un brinco para restregar contra el suelo, con sus pies desnudos, la colilla encendida. Luego de apagarla se despidió:

—Hasta mañana, Agustín.

El calló. Por entre la oscuridad de la noche con luna fijó los ojos en el cuerpo de la joven. Entre las sombras veía más ágil su silueta; en el pensamiento la comparaba con el viento que rastreaba los cañaverales y el esqueleto del rancho.

Ofelia echó a andar hacia su hogar. El camino era angosto y partía en dos el pequeño sembrado de caña que rodeaba la inconclusa habitación.

En dos zancadas Agustín la alcanzó. Le echó el brazo sobre los hombros, y habló:

—La acompañaré hasta cerca del rancho... Siempre está oscuro.

—Está bien... aunque sé andar sola de noche.

—¿Va mañana al trapiche? Temprano comienza la molienda.

—No sé.

Agustín sabía que esta respuesta en boca de ella quería decir "sí". Por tal la interrogó:

¿A qué horas va?

—...Cuando pueda escaparme de los ojos de los de casa.

El bulto negro del rancho de Ofelia ya se veía. Ella se detuvo.

—Hasta aquí no más... Hasta mañana, Agustín.

—Sí, hasta aquí no más —dijo él sin contestar el "hasta mañana", y luego agregó—: Cuando se acabe la molienda terminaré el rancho. También haré una cama en lo alto con caña brava. La haré para que quepan dos...

Llegó el nuevo día. El viento continuaba golpeando los cañaverales y el almacén del rancho. También golpeaba las sienes de Agustín y daba frescura a su sangre.

Era comienzo de semana. Esa noche no había podido dormir bien. Por su mente habían desfilado Ofelia, el rancho y la molienda que comenzaba ese día, y de la cual él era trapichero.

Antes de partir para el trabajo, preparó café y lo tomó caliente a grandes sorbos. "Algún día ella me hará el café", pensó.

Se cintó el machete y salió al patio. Alzó la mirada contra el esqueleto del rancho. Lo miró detenidamente unos momentos y sonrió como si aquel almacén de palos y paja pudiera comprender sus pensamientos, sus esperanzas. Luego habló en voz alta como si Ofelia estuviera en la cocina: "Me voy. El patrón ya debe estar esperándome en el trapiche. Volveré con la nohecita, tan pronto termine la jornada".

Los montones de caña. El agua en el estanque. El horno prendido para cocinar la miel. Los trabajadores: todo estaba listo para comenzar la molienda.

El patrón dio la orden: "A trabajar, muchachos".

La compuerta del estanque fue abierta y por una canal aérea comenzó a bajar el líquido que con su golpe sobre una rueda grande de madera habría de dar movimiento al trapiche.

Agustín, sentado sobre la misma pila de caña, metía con ambas manos entre aquella dentadura mecánica, trozos de miel en rama.

El sol comenzaba a brillar sobre todos los campos. Los cañaverales y las gentes, las casas de los arrendatarios y la del patrón, daban matiz de fertilidad, de movimiento, de vida.

La chimenea del trapiche ennegreció más. A cada momento parecía arrojar el humo más espeso. El ambiente se cundió de un agradable olor a melado caliente que pronto estaría en punto de panela o de miel. "Los arrendatarios como yo tenemos asegurada nuestra parcela trabajando en la caña del patrón —comentó interiormente Agustín—... Yo también tengo mis matas de caña. Cuando las muela le llevaré miel a Ofelia. ¡Ofelia! El rancho... ¡jum!".

Siguió metiendo caña al trapiche y los chisquetes del jugo dulce poniéndole pegajosas las manos, el cuello, la cara... y la esperanza de que ese día fuera Ofelia al trapiche.

El hornillero abandonó las pailas y se apareció a Agustín.

—Quiubo, Agustín. ¿Está de malas con la Ofelia? Por la cara que tiene lo parece.

—La cara que tengo... Pero no se la pedí prestada ni a su abuela ni a nadie.

Clavó con rabia dos trozos de caña más entre los dientes del trapiche. El hornillero se fue; vio que Agustín no estaba para aguantarle chiste. Era mejor continuar empujándole leña al fuego.

—El hornillero le dijo eso porque también le gusta Ofelia —le golpeó estas palabras un muchacho que estaba sacando el bagazo de la caña por brazadas para la bagacera.

Llegó el patrón nuevamente a dar vuelta:

—Hola, Agustín, no le meta tanta caña a la máquina porque está gruesa y no la muele bien; se queda todo el jugo en el bagazo.

—Sí patrón —masculló las palabras.

Don Manuel siguió hacia la hornilla. De las pailas salía vaho caliente con olor a dulce.

—Hola, hornillero, menos leña y más bagazo. La leña es escasa; bagazo hay por montones en la bagacera... y está bien seco, ¿no?

—Sí patrón; sirve para la candela.

—Felipe, Felipe —llamó al muchacho que estaba sacando el bagazo que botaba el trapiche.

—Mande, patrón.

—Desbarranque bagazo seco para arrojar a la hornilla. Hay que ayudar a tasar la leña.

—Como no, patrón.

El guarapo de la caña bajaba abundante para las pailas por una canal de madera. Presentaba al descubierto color y espuma como de champaña.

Las manos de Agustín continuaban incansables, mientras repasaba en su memoria las palabras de Felipe: “El hornillero le preguntó eso porque también le gusta Ofelia”.

La dentadura del trapiche seguía crujiendo sobre la caña, y el golpe del agua sobre la rueda dando movimiento.

Entre el ruido de la máquina y los pensamientos de Agustín, rechinaron sus dientes en un gesto de dolor, y el guarapo de la caña se manchó de rojo.

—¡Maldita máquina!... ¡Carajo!... ¡Me la va a tragar!... ¡Hay... mi mano!... ¡Patrón!

Don Manuel oyó los gritos. Corrió. Encontró a Agustín con la mano izquierda sobre el banco que sostenía los piñones del trapiche, haciendo fuerza para sacar la derecha. La dentadura de la máquina se la estaba comiendo como si fuera un trozo de caña. Lo cogió por la cintura y lo jaló hacia atrás. En vano era su empeño. Apenas lograba impedir que le moliera el brazo con rapidez. “¡Auxilio!”, gritó el patrón, pero el ruido del trapiche ahogó su voz. Los dos hombres seguían haciendo fuerza y la máquina crujiendo sobre el dolor de Agustín. El patrón levantó un pie, como quien va a sostener una peña, y lo apoyó contra el banco del trapiche. “Aunque se le zafe el brazo, qué carajo”, pensó y le metió toda la fuerza. Ambos rodaron con violencia de espaldas sobre el montón de caña.

—¡Maldito trapiche!... ¡Odia la mano de los trapicheros! —gritó sacudiendo el brazo.

—Téngalo quieto, so bruto; se le acaba de joder —lo reprendió don Manuel.

El patrón lo llevó hasta la bagacera y lo hizo sentar sobre un montón de este residuo.

Los demás trabajadores se dieron cuenta de lo ocurrido y llegaron en algarabía:

—¿Cómo fue?

—El maldito trapiche.

—¡Se la volvió flecos!

—¡Qué vaina!

—Tráiganle guarapo.

—Quedará manco.

—Sí, van a tener que quitársela.

La carne casi se le había despojado del hueso. Las venas y los nervios pelados, le brincaban entre los chorros de sangre.

Agustín, pálido de resignación, exclamó con voz ronca y pausada: “¡Ofelia!... ¡El rancho!... ¡Mi mano!...”.

Los trabajadores, en corrillo, continuaban lanzando preguntas que nadie contestaba, y comentarios que ni ellos mismos comprendían.

El patrón mandó callar a todo mundo. Agustín le agradeció sin palabras. Solo hubo un poco de silencio, y luego: “Ahí viene Ofelia”, alguien prorrumpió. A Agustín pareció correrle la muerte. Recogió la cabeza sobre las piernas y quiso esconder la mano.

“Agustín se molió una mano”. “Va a quedar manco”. “Está en el trapiche que bota sangre”. Estas fueron voces que se regaron como pólvora y llegaron a oídos de Ofelia al acercarse al trapiche para visitarlo, tal como se lo prometiera el día anterior.

Llegó con pasos que querían correr. Los peones le abrieron campo. Se acercó a su hombre mordiéndose los labios y parpadeando los ojos para atajar las lágrimas. Todos quisieron hablar. Querían contarle, comentarle lo ocurrido, pero don Manuel les pasó una mirada que convirtió en silencio las palabras que en ellos pugnaban por salir.

La joven campesina se acurrucó a su lado y con un pañuelo que llevaba en el seno, comenzó a limpiarle la sangre de la mano. El agachó más la cara contra el suelo. No quería mirarla de frente; y como acogándose a lo que habían dicho momentos antes sus compañeros, sin moverse masculló: “Van a tener que echarme al suelo mi manita”.

En casos análogos al de Agustín, en el campo se acostumbran remedios caseros. Consisten por lo general en agua de hierbas cocidas. Pero con todo, comprendieron que el trapichero necesitaba médico.

Don Manuel hizo una colecta entre sus trabajadores, a la cual él sumó algo de su dinero. Lo poco que logró recolectar se lo entregó para que se fuera al hospital de Tunja. Entonces, solo y con la mano sangrándole, tomó camino para Moniquirá, el pueblo, que distaba dos horas a pie. De allí viajaría en bus a la ciudad de Tunja.

Al despedirse, bebió guarapo en una totuma grande y con rabia de hombre celoso escuchó las palabras; “Ojalá no tengan que quitarle la mano”. La voz era del hornillero, quien a la par miraba con malicia a Ofelia.

Un mes largo había pasado. El viento seguía pausado. Agitaba las hojas del cañaveral y silbaba sobre los techos pelados del rancho. El trapiche no paraba de extraer la sangre de la caña y las pailas de convertirla en panela o miel.

Podría decirse que todos se habían olvidado de Agustín. Entre aquel paisaje de trapiche, ranchos de arrendatarios y espíritu de vida, seguían los moradores trabajando sus ideas, sus ambiciones.

Ofelia, como siempre, surcaba los caminos de la pequeña estancia que el patrón había dejado a sus padres. El hornillero, con empeño de cernícalo, la vigilaba desde lo más oscuro de las matas de caña.

Al anochecer de un día ella se hallaba en la cocina de su rancho soplando la candela. Se había dado cuenta que el hornillero rondaba los alrededores, y en su sangre sentía hervir el deseo de gritarle que se largara. Oyó latir los perros. "Se está acercando al rancho", pensó y luego concluyó: "Quiere arrimar porque se dio cuenta que estoy sola. De seguro vio que mis padres salieron hace un rato...".

Salió al patio. Oyó ruido entre las matas de caña. El ruido avanzaba hacia ella entre la semioscuridad de la noche. Con agilidad se metió entre el plantío a espiar. Casi en cuclillas, y procurando no rozar la hojarasca seca de la caña, con pasos cuidadosos comenzó a perseguir el ruido. Los perros ladraban con mayor insistencia. Un bulto de hombre llegó al patio y se detuvo. Los perros dejaron de ladrar, más bien parecían halagar al que estaba allí. Ofelia, que ya casi estaba de nuevo en el patio, sigilosa apartaba con las manos las hojas de la caña tratando de ver mejor aquel bulto de hombre, el que de pronto llamó:

—¡Buenas... Ofelia! ¿Quién está aquí?

—¡Buenas. Siga! —respondió ella desde atrás, ya que lo reconoció. Era Agustín.

En dos zancadas acabó de salir al patio y le habló:

—Quiubo, Agustín... Muéstreme la mano...

—No quiero que me la vea —la llevaba en el bolsillo—.

—¿Se la quitaron?

—No; dos dedos.

—Qué bueno. Dos no le harán falta... Podrá volver a trabajar, ¿no es cierto?

—Mañana mismo seguiré los trabajos del rancho. Ya no falta sino terminar de empajar y poner las puertas... y algunas paredes. Aun así como está, el ranchito sirve. Usted no lo cree pero sirve.

—Sí lo creo. En su ausencia yo he estado muchas veces en él y he podido ver que no le falta mucho.

—Al ranchito lo que más le hace falta es su presencia, Ofelia... Creo que hasta se pondría contento de verla llegar esta noche conmigo. ¡Camíne!

Ella se agachó y calló. El la tomó del brazo y la jaló hacia el camino del rancho. La muchacha en un comienzo le hizo repulsa, pero luego, solo se oyeron sus rizas, entre cortadas, y sus pasos retozones perderse por entre la oscuridad y el murmullo de la caña que parecía engendrar voces de amor en la boca del viento que iba a estrellarse contra el rancho.